

SELECTA



REVISTA MENSUAL

MAYO

AÑO II-N.º 2

1 PESO

LUIS RODRIGUEZ VELASCO

UNA tarde de arremolinadas nubes blancas en fondo celeste, fuimos á casa del poeta de las ternuras elegantes. Nos había anunciado la publicación de sus obras completas. Su vida entera estaría en el libro voluminoso; su vida que durante cuarenta años ha estado como una orquídea dejando caer sus hojas lánguidamente soñadoras en la penumbra de nuestra historia literaria. En la penumbra buscada por él mismo, requerida por su naturaleza que sentiría irritarse sus fibras y agostarse su frescura á los soplos del viento y á las llamas del sol. Ha sido el poeta de las semi-claridades aristocráticas, aromadas de exquisitismo. No ha sido un combatiente ni un combatido. Sus versos no han hecho sangrar ideas. Ninguna gallardía literaria, ninguna rebeldía filosófica. Respetuoso de las tradiciones clásicas en la forma, su pensamiento ha germinado al contacto del romanticismo que flotaba como polen moral en el ambiente de su época... Entramos á su sala de estudio, grande y sombría. Allí, en esa penumbra, el poeta ha vivido atento al íntimo desenvolverse de sus sueños y al silencioso despliegue de su gloria.

En la luz vagarosa parece respirar el pasado. Hay aromas de historia. Recorrimos con la mirada los estantes llenos de libros. Sus filas superpuestas muestran los lomos verdes, amarillos y negros, rotulados por caracteres áureos. Hundimos los ojos en las sombras del fondo de la sala. Al centro, un enorme espejo inclina su abismo de claridad azulada sobre el escritorio antiguo, severo, de columnillas salomónicas; á la derecha, un paisaje que abre una perspectiva fluvial de perverso colorido, de discordantes tonalidades verdes y blancas, y á la izquierda, otro paisaje, también fluvial, la mancha amarilla de una puesta de sol, cayendo sobre el agua del río, tras un grupo de árboles oscurecidos por el contraste de sus masas de follaje con la luz que muere en una lenta y lejana armonía de oro. La línea de los estantes, de las sillas, de los sillones, no es la ligera y graciosa de la elegancia moderna, ni la severa y soñolienta de la elegancia antigua: es sencilla; descansa en ángulos rectos en los estantes y en curvas graves en las sillas; es línea de quietud, no de movimiento ni de aspiración. En la sala entenebrecida, en su amplitud silenciosa, meditativa, parece sentirse el murmullo de la vida que se fué, de las cosas que se deshojaron. Las coloraciones claras y asordadas del recuerdo flotan en el aire sombrío. Respirando esa atmósfera anacrónica, la obra del poeta se nos presenta en su delicada grandiosidad. Su suelo había sido el silencio; su savia había sido el ensueño. Nada había allí, en la sala, que indicara la tumultuosa vida intelectual de hoy. No asomaban esas balumbas de diarios, de revistas, de folletos y de libros que revelan en su inmovilidad desordenada el vórtice mareante de la actualidad mental, los múltiples y simultáneos llamamientos de las teorías y de los comentarios que nos impulsan ó nos detienen en nuestra senda de soñadores. Allí no; en el reposo de la sala adusta, el espíritu había meditado solo, desnudo de la arlequinada vestidura de ideas con que lo viste la solicitud utilitaria de los periódicos del día. Sí; allí se comprendía en toda su intensidad la obra del artista elegante y doloroso. En el intimismo acariciante de la sala habría sonado mal un acento inspirado en esas rebeldías que incendian el espíritu con un relámpago de púrpura...

De pronto, unos pasos, y luego, en el rectángulo de aire azul recortado por la puerta que da al patio, bañado á esa hora por la luz caída del cielo, se dibujó en sombra la elevada figura del poeta amigo.

Luis Rodríguez Velasco es muy alto, delgado y para su estatura, su cabeza resulta pequeña. Nada en él de las sonrisas de Lillo, de las abstracciones de González, del orgullo de de la Barra, de la majestad de Matta. Tiene la misma elegante sencillez de sus versos, en sus gestos, en sus movimientos, en su hablar. Oyéndolo, se ve que toda su vida fisonómica está en los ojos. En su faz morena, bronceada por el viento de los campos, sus ojos brillan serenos y misteriosos con el verde color de las algas marinas.

El poeta nos habló de su libro: toda su vida. Nos obsequió un ejemplar, un volumen en cuarto mayor y de más de ochocientas páginas... Asegurados del libro, quisimos los recuerdos del poeta. ¿A qué referir el diálogo? El poeta recordó las grandes épocas literarias; lo propicio del ambiente social de entonces á todos los esfuerzos de la inteligencia; llegó á lo moderno y rechazó el modernismo. La sobriedad de sus gustos literarios no le permite apreciar las exuberancias coloristas de lo que llamó lepra de la literatura. Al atacar se defendía. Era su obra de conservación. Su finísimo instinto le ha hecho presentir la primera pinta de moho en su armadura de paladín del ensueño... ¿Pero qué importa si bajo ella se agitan los delicados fervores de una vida? Lo externo sólo tiene un valor momentáneo. La historia literaria no es sino la mascarada de la forma. Lo único digno de recogerse para el acervo sagrado es el polvo de los pensamientos y la ceniza de las emociones.

I

Luis Rodríguez Velasco es el poeta de lo íntimo. Su primera época fué un monólogo triste, lamentable. Vivía exclusivamente de su corazón, que se consumía como un grano de incienso evaporando tules de ensueños vagarosos. La vida era su vida. El acento de su verso era la delicada y temblorosa resonancia del comentario interior; llegó á unirse tan estrechamente al movimiento de los sueños del poeta, que tomó la misma lentitud desolada, el mismo lánguido desenvolverse de sus ritmos vaporosos. El recuerdo, la tristeza, la melancolía, la esperanza, pasaban de su espíritu á sus versos sin la más ligera variante vivificadora de su lenta melodía. Esos sus primeros versos nos hacen pensar en las extrañas correspondencias que á veces se nos muestran entre los movimientos espirituales y los animales. Eco del pausado desenvolverse de sus sueños, la naturaleza del decir poético de

Rodríguez Velasco tiene la misma elegante pureza de líneas que el andar de algunos anima-

les. Si éstos acusan en los reflejos de su piel la perfecta armonía de sus movimientos, los versos de Rodríguez Velasco exteriorizan en sus aterciopeladas ondulaciones el silencioso despliegamiento de sus sueños.

En estas delicadas modulaciones de preludios se deslizaron sus primeros años líricos. Pero, á pesar de ser tan deliciosamente seductoras en la mayor parte de sus composiciones cortas, se convierten, por la continuada identidad de acento, en adormecedora monotonía. En "Treinta años", la mejor, según el mismo poeta, de sus composiciones, la que tiene más valor humano por la suma de sinceridad que la inspira, sentimos esto. Notamos la ausencia de animación lírica, la carencia de vida musical. Bien sabemos que el ritmo poético no es el ritmo musical; pero en el verso cabe uno de sus elementos primordiales: el movimiento. Agitar en lentas ó ligeras, en leves ó intensas ondulaciones el aire melódico de una composición es uno de los secretos de los grandes poetas. Hemos leído atentamente "Treinta años" y, prescindiendo de la belleza de las ideas y de la

amarga frescura de la emoción, su languidez verbal, su indolencia rítmica, aún en los momentos en que las ideas cambian y se hacen leves, nos han dejado una sensación de desesperante morosidad. ¿Por qué? La idea generadora—el hastío de la vida, el cansancio de sus inanidades—anima todos los versos, sin variarlos, y se desenvuelve en más de doscientos con una misma lastimera entonación. Cuando el poeta vuelve sus ojos á la mañana rosa y blanca, á los primeros años, para beber en ellos alegría y calor, el verso, á pesar del cambio de ritmo moral, en vez de tomar agilitades y aleteos jubilosos,—la emoción levanta el registro—sigue lento y cansado, y luego, cuando dice que su hastío y su desesperación son la obra del siglo escéptico del cual quiere huir las ruindades y depravaciones, su voz no adquiere acentos de energía, no simula el desvío estigmatizador, continúa como antes y como hasta el fin, lánguido, perezoso, desmayado, enlazando sus co y pos-pretéritos en una no bien regulada alternación de rimas miserables. Su monótona laxitud habría desaparecido si el poeta hubiera adaptado sus versos á las variaciones del motivo; si los hubiese recogido aquí, elevándolos, en el fresco momento de los recuerdos juveniles y los hubiese soltado allá, vigorizándolos, en el arrebatado momento de indignación. Así su bellísima composición habría tenido lo que le falta, lo que necesita para no caerse auditivamente; agudeces y gravedades en el desarrollo de su ritmo.

No quiere esto decir que el poeta debió ser una especie de polifonista de la palabra; que debió hacer sentir en la unidad, la variedad de tres ó más melodías sucesivas, valorizándose recíprocamente en el efecto total, como en algunos trozos sinfónicos; pero por lo extenso de su composición, debió intentar una diversidad de acento para romper la monotonía de su colorido melódico. El esfuerzo ha sido hecho por muchos. Han empezado una composición con un tono lento y triste, luego, á un recuerdo placentero sugerido por el propio pensamiento ó por una alusión del paisaje, han cambiado el verso, lo han hecho ligero, risueño, y, después de los revoloteos jubilosos, pasado el instante de la alegría episódica, han vuelto al tono triste, al andante soñador con que iniciaran sus modulaciones verbales. Pero, en rigor, ¿es justo exigir á un poeta procedimientos técnicos que no están en armonía con su modo de producir? Nuestro intento no ha sido exigirlos, sino explicarnos la sensación que nos han producido esos versos en que la vida del poeta oscila con la delicadeza descendente de las enredaderas, sueltas, colgantes y desmayadas en su soñadora languidez florida.

II

Abstraído en su amargo soliloquio, Rodríguez Velasco permaneció insensible á las sollicitaciones de la naturaleza. Sus pupilas no se detuvieron en sus transparencias; no se fijaron en sus luces, no se hundieron en sus sombras; se deslizaron por la tierra, leves, como temerosas de despertar el sueño del color. Y no sólo prescindió, en su monólogo, de la naturaleza que lo rodeaba, de la que lo envolvía en su aliento, sino también de la que animó los primeros latidos de su corazón. Rodríguez Velasco recuerda los gorjeos de su vida, pero no las brisas que los desparramaron, ni los horizontes que los recibieron. Su olvido del paisaje es absoluto. Evoca: pinta para el corazón. Sus colores son las emociones. Al sugerirnos el estado emocional de que nos habla su recuerdo, nos hace sentir sus coloraciones sentimentales. Recibida así la impresión, vive por sí sola, temblorosamente, en lo íntimo de nosotros, lejos del aire, de la luz y del calor de la hora, en la delicada soledad de su pureza rememorativa. Apenas si en dos ó tres composiciones describe pedazos de naturaleza. Al hacerlo, busca los colores leves, suaves, las tenuidades de las acuarelas, las palideces de los blancos, las espiritualizaciones de los azules. Es una barca velera que se desliza sobre el mar; es un grupo de bañistas que juegan con las aguas y ríen con las espumas. El poeta no resistió á la alegría del blanco y del azul. Pero fué sólo por un instante. Sus ojos volvieron á entonarse, á desdeñar las bellezas de la tierra y á seguir la línea desolada de los paisajes interiores.

Rodríguez Velasco habría continuado siendo el poeta de lo íntimo, un sibarita de la melancolía, un exquisito aspirador de las alegrías dolorosas y de las sonrientes amarguras que florecen en el invernadero de un salón, si un soplo arrebatador, el amor á la patria, no lo hubiera sacudido vigorosamente.

El poeta va ligado á las leves históricas que laboran el porvenir de su suelo: es una resonancia de los antepasados gloriosos: en el acento de su voz se siente la colaboración misteriosa de los que fueron. En él hay un sonlo de la patria—ambiente, de la formada por los recuerdos, por las leyendas heroicas respiradas, en los primeros años, como una brisa vivificante, llena de salud moral. Los poetas chilenos se han sentido en ella y á ella se han dado en sus instantes de aspiraciones más puras, sabiendo que un día, por una de esas misteriosas asimilaciones que la tierra hace de las vidas que en ella se desenvuelven esplendorosamente, ellos, los inspirados, llegarían á ser parte de su suelo, á transformarse en patria, á vivir en la vida de la entidad gloriosa. Luis Rodríguez Velasco, en 1866, en la guerra con España, y en 1879, en la guerra con el Perú, se olvidó de sus tristezas, de sus zozobras íntimas y cantó el heroísmo de sus compatriotas. Pero su voz, suavizada por el permanente murmullo de sus ternuras, no tuvo nunca las fervorosas guerreras que intentaba alcanzar. Las vehemencias

patrióticas que rugían desordenadamente en las fibras cordiales de otros poetas, fueron en él una aspiración vigorosa, pero dulce; arrebatada, pero correcta. El largo soplo heroico no lo perturbó, no lo envolvió en sus vértices alucinantes; lo hizo vibrar, pero dentro de su reposo elegante, lo sacudió sin comprometer su distinción con un gesto de gloriosa brusquedad, con un ademán de sublime torpeza. Leed sus cantos. El poeta no se dá: se pertenece. Su voz no es irregular, vertiginosa, sino suave, de acariciante modulación. Se esfuerza en vano por ser de bronce. Atended á sus ideas, son siempre delicadas. Se esfuerzan en vano por batir alas de cóndor. Sus himnos son á modo de la inclinación saluatoria del árbol florecido á la ráfaga de tempestad que pasa camino del horizonte. Le da su rumor, su aroma, un momento de su vida; pero vuelve á su reposo, á corregir sus líneas, á vivir para sí, envuelto en el manto de su follaje serenamente inmóvil. Las composiciones heroicas de Rodríguez Velasco tienen este carácter, en perfecto acuerdo con su naturaleza delicada, floral. No siendo en él la energía una cualidad ingénita, no sintiendo las inquietudes gloriosas del brío, el espíritu de combatividad tuvo que serle extraño y el heroísmo tuvo que presentársele con todas las desproporciones de una monstruosidad moral. Además, no es un poeta hedónico, un afirmador del placer como finalidad de la vida. Es un sentimental amargo. No ha podido sentir la alegría de los goces superiores. Y el heroísmo, en las temeridades gozosas del organismo con que galvaniza la sensibilidad, es una de las formas de los placeres más elevados, un instante de delicias visionarias, un vértigo de voluptuosidades sublimes.

III

Luis Rodríguez Velasco ha sido, pues, un intimista, un sensitivo floral. Sus más leves estremecimientos se han convertido en aromas vestidos de ritmos, en versos. Al mostrar algunas de sus fases psicológicas hemos ido eliminando caracteres, liberando su personalidad de la acumulación de ideas que suscita, para ver su fondo verdadero y único, para ver su corazón. Sus más sutiles delicadezas y sus más transparentes ensueños han sido el eflujo de ese centro de ternuras, de ese punto moral tembloroso y ardiente como una lágrima. En él se ha desarrollado, evaporándose, su vida. En él ha sentido desvanecerse las resonancias de la tierra. Según el sereno concepto shopenhaueriano su mundo ha sido el de su representación; pero como su conciencia ha sido más afectiva que intelectual, su mundo no ha sido el de las ideas abstractas, ni el de las formas y los colores, sino el de la ternura, delicadamente regida por su sensibilidad. Su mundo ha sido el de su sentir; su mundo ha sido el de su corazón... Siendo así, llevando su vida y la del mundo en el temblor de su emoción ¿á qué habría ido á la naturaleza? ¿á qué perturbar inútilmente la unidad interior? ¿Qué más podrían darle las formas que sus líneas angulosas ó curvas en las montañas ó en el mar? ¿Qué más podría darle la luz que sus cenizas desparramadas por los confines de los horizontes ilusorios? Además, la naturaleza era para él algo que sufría, en que el dolor parecía ser eterno, necesario, un elemento de vida, tal vez la claridad guiadora, la que encendía la pupila de la materia veridica en lo infinito. Y él no necesitaba de ese dolor: tenía el suyo, un elemento de vida también, una claridad que le hacía ver la verdadera esencia de las cosas, la nada. Así, el poeta no fué á la tierra. La realidad estaba en él, la tenía allí, ardiendo, consumiéndose, evaporándose en su corazón. Concentrado, recluso en él, respiró en sus sueños las idealidades de todo lo que incienso: escuchó en sus latidos el murmullo de todo lo que palpita y sintió en sus fervores el calor de todo lo que arde. Abstraído en su vida interior, no tuvo los intentos gloriosos de los grandes impacientes del más allá; de los meditadores del sub-entendido medroso de la existencia, de los que huellan el oro de las lejanías últimas, de los que se han internado palpando en el misterio de la inmensidad y han vuelto con las manos ateridas por el beso de la sombra y de los que se han internado palpando también en el misterio de la humanidad y han vuelto con las manos ateridas por el beso de la miseria. Y, así como no fué á la tierra, ni á los horizontes, ni á la humanidad, no fué á las alturas. ¿A qué? Cuantas veces había pasado por ellas su mirada, persiguiendo el vuelo silencioso de un pensamiento aquilino, la fatiga de no encontrar un latido de vida, de calor, le había hecho bajar sus ojos, en un desvanecimiento en el cual sentía descender también las inmensas profundidades azules. Era preciso que su mirada se levantara de nuevo, para que los cielos se levantaran también, para que se abrieran, se abundaran lenta y luminosamente, dejándola llegar hasta el fondo ilusorio de un ámbito interminable, infinitamente superior al ilimitado alcance de su ternura. La inmensidad seguía el ritmo de su anhelo. Se perdía con ella; se embriagaba de su silencio: sentía frío. ¿A qué subir? Si tras las estrellas estaban las sombras ¿á qué vagar enervadamente por el abismo extraño teniendo el propio sombrío y profundo? El poeta no miró á las alturas. Y, sabiendo que si quería estrellas y sombras no le era necesario subir sino descender en sí mismo, seguro de que en su interior, como en el poema dantesco, después de las últimas honduras hallaría también estrellas y sombras, temeroso de las eternas obscuridades circundantes de la vida, se concentró en lo íntimo, donde sentía los rumores de su sangre, en su corazón.